

a todos para salvar la infancia. La educación física aún no existe en España; hay que implantarla, y mientras la labor comienza, bueno será que se procure reducir al mínimo los daños de su ausencia.

Por mi parte, hago cuanto puedo. No cabe exigirse a un psiquiatra que haga otra cosa que predicar. Sus polarizaciones prácticas no admiten ya desencauzamientos.

DR. CÉSAR JUARROS

(De *Mundo al Día*).

EL DÍA EN EL COLEGIO

EL RECREO Y EL JUEGO

Un doctor de la Iglesia de Africa, el ilustre Tertuliano, ha dicho que Dios lleva su amor para con nosotros hasta la más exagerada complacencia; no de otra manera pueden traducirse sus palabras: *Usque ad delicias amamur*.

De un modo especial se refieren a vosotros estas palabras, porque complacencia divina es el dón que todos los días se os hace de una porción de horas de recreo. Tengo intención de dedicar mi plática de hoy a hablaros del recreo, de la manera de pasarlo digna, fructuosa y agradablemente. Ante todo, comencemos por dar gracias a Dios que nos permite tales recreos. ¡Hay en derredor vuestro tántos hombres, tántos niños como vosotros a quienes falta ese reposo cotidiano! Y sin embargo, esos pobres niños de las canteras, de los talleres, de los almacenes, de las fábricas, tienen tanta necesidad de recreo como vosotros. Como vosotros son

hijos y amigos de Dios, y a puro de trabajo rudo obtienen esta gracia a precio más elevado que vosotros.

En primer lugar, es preciso merecer el reposo, porque el reposo supone trabajo anterior; son dos cosas correlativas; y para tener derecho al reposo, es necesario haber cumplido con el deber de trabajar. De lo alto nos viene el ejemplo. Cuando Dios hubo creado el mundo, reposó, dice la Santa Biblia. Acababa de comprobar que su obra estaba terminada, y bien terminada: *Et vidit Deus quod esset bonum*; hé aquí las primeras palabras. *Et requievit ab omni opere quod patrarat*, hé aquí las segundas. Así pues, hijos míos, si en lugar de cumplir con vuestro deber pasáis en culpable inacción el tiempo que señala el reglamento para el trabajo del estudio, para el trabajo de la clase y para cualquier otro trabajo, ¿con qué derecho pretenderéis entregaros al reposo? ¡Reposar!... ¿De qué?

Dejo a un lado a los perezosos; me dirijo a los buenos estudiantes, a los que, terminadas las horas de trabajo, pueden mirar también su pequeña creación, su creación literaria, gramatical, científica, dándose a sí mismos el testimonio que se diera el Creador al acabar su gran obra: *Et vidit quod esset bonum*. Y me dirijo a ellos para decirles: Vedid ahora, venid y entregáos al reposo que habéis merecido. Pero no, no soy yo, hijos míos; es el mismo Jesús el que os dice, como en el Evangelio: «Venid vosotros los que trabajáis; venid que yo repararé vuestras fuerzas: *et ego reficiam vos*.»

Y no insisto en esta invitación al recreo, porque es invitación que, generalmente, encuentra pocos refractarios. Pero, ¿cuál es la verdadera recreación? ¿Cómo y en qué debemos recrearnos? Sobre esto es necesario que nos pongamos de acuerdo. El buen sentido, la experiencia, el interés de la juventud y el reglamento del

colegio dicen con voz unánime que el solo recreo digno de este nombre es el juego, entendiendo por juego los ejercicios físicos, que se realizan en común, bajo los árboles, en los jardines o en los patios. Estos ejercicios os proporcionarán toda clase de beneficios: beneficio para vuestro cuerpo cuyas fuerzas se desarrollarán considerablemente; beneficio para vuestro espíritu por el descanso proporcionado a vuestra vida de estudio; beneficio para vuestra alma que se preservará de los peligros de la inacción o de una conversación peor que ésta. Todo esto, hijos míos, constituye motivo más que suficiente para decidiros a cumplir con un deber que tiene la ventaja de ser al mismo tiempo un grato placer.

I

Muchos son los beneficios que el juego proporciona al cuerpo. La Iglesia, que es en todo madre, tiene tanto cuidado del cuerpo como del alma del hombre, y, aunque estima en más el alma que el cuerpo, no separa al uno de la otra. Para el cuerpo lo mismo que para el alma tiene oraciones: *Da nobis, Domine, mentis et corporis sanitate gaudere*; y todo el cristianismo tiene por objeto formar esas razas en que la *mens sana in corpore sano* completa la perfección que deseaba el poeta latino. Pero de todos los ejercicios que se han imaginado para obtener el perfeccionamiento físico de nuestra raza, el más natural, el más sencillo, el más antiguo es el juego. Un educador de la juventud ha dicho: «Los niños tienen necesidad de todo eso, es propio de su edad, entra de lleno en sus aficiones, y es en suma una exigencia de la naturaleza; la salud por otra parte lo reclama imperiosamente. Es preciso que los niños jueguen, se diviertan, descansen, gastando la exuberancia de su robustez, la vivacidad de su carácter y el ardor de su sangre en

placeres inocentes. Necesitan la expansión, necesitan el desarrollo de su sér, el ejercicio de sus órganos, el desenvolvimiento de sus fuerzas; necesitan sol, aire, espacio, movimiento, ruido, vida.» (1).

Tal es la gimnasia espontánea, sin peligros; la gimnasia higiénica. Y cuando yo os veo regresar del recreo con la fisonomía animada y las mejillas encendidas después de haber jugado mucho, después de haber corrido, saltado y reído lo mismo de los golpes dados que de los golpes recibidos, me parece que en vuestras venas acaba de ser introducida una vida nueva, y me alegro al pensar que vais a dedicarla al trabajo, poniéndola de este modo al servicio de Dios.

Me parece además que sois bravos y valientes. La afición al juego es signo de valor, y por eso auguro siempre bien del niño que se entrega al juego con todo su corazón. Y cuando quiero enterarme por vuestros maestros de lo que es uno cualquiera de vosotros, pregunto, sin duda, si estudia mucho, si reza bien; pero también pregunto con frecuencia, si juega con entusiasmo. Si me responden que sí, que sobresale en el juego, a falta de otro dato mejor, es ésta una buena nota para él, y quedo contento. Para ese niño siempre habrá remedio, pues hay en él actividad. En cambio, hijos míos, ¿qué queréis que piense de ese verdadero dios término que nunca pasa de ser espectador inerte del juego de los demás, y que se mantiene siempre alejado de todo lo que significa acción y movimiento? O es un tonto que piensa que el juego es impropio de él, o un haragán que tiene miedo de fatigarse. Nunca hará nada bueno.

Por otra parte, el juego no es menos necesario para el vigor del espíritu que para el vigor del cuerpo. Se

(1) Monseñor Dupanloup. *De la educación*, t. 1, cap. VIII.

ha dicho que el espíritu del hombre en un laúd cuyas cuerdas es necesario aflojar para recobren su flexibilidad, y ya habéis oído contar la historia de aquel cazador que, sorprendido al ver a san Juan que jugaba con una paloma, obtuvo del evangelista esta respuesta: «¿Por qué en este momento está flojo tu arco?—Porque si estuviera siempre tirante, dijo el cazador, perdería muy pronto su fuerza y su elasticidad.» Lo mismo pasa, hijos míos, con vuestra inteligencia, después de la tensión del estudio.

Debo confesarlo: os hacemos trabajar enormemente durante las horas que permanecéis en el colegio. ¡Ojalá pudiera decir otro tanto de las horas que pasáis en el seno de vuestras familias! Y hasta tal punto os hacemos trabajar, que vuestros padres y el país entero acusan con voz unánime en los periódicos, en las academias, en los consejos universitarios, lo que han dado en llamar trabajo exagerado de la escuela. No sé lo que puede haber de verdad en esto, pero si sé que el régimen dulce y variado del externado constituye su primer correctivo, muy grato para el exceso que se denuncia; pero en todo caso, y en espera de que se simplifiquen los programas que no hemos hecho nosotros, pero que nos vemos obligados a cumplir, voy a proponeros el mejor de los medios para aligerar la sobrecarga que ese programa puede significar. Consiste en que os desembaracéis francamente del peso del estudio en las horas que el reglamento destina al reposo; olvidándolo, corriendo, gritando, saltando, divirtiéndoo; en una palabra, jugando.

¿Es necesario que os diga que al hablar de juego no quiero referirme, ni remotamente, a los juegos de azar, ni a los de cálculo o combinación de números, como la baraja, los dados y el ajedrez, que lejos de dar descanso al espíritu, lo mantienen ocupado, en tensión,

y, por lo tanto, lo fatigan casi como el estudio? «Lo que yo reclamo, sobre todo, es el juego activo, decía no hace mucho M. Julio Simón; lo que llaman los ingleses juego atlético, el desarrollo de la fuerza física con alegría y con libertad. La alegría ruidosa de la infancia y de la juventud es mi amiga y mi auxiliar; me refiero a las carreras, al juego de pelota, al de la barra, al de los bolos, realizados no bajo cubierto, sino al aire libre, a todo campo, si es posible...» El mismo autor añade: «No puede haber espíritu bien templado, donde no hay cuerpo vigoroso...» y se ríe tristemente de los que él llama pequeños y ridículos mandarines que están ya cansados intelectualmente, cuando hacen su entrada en la sociedad, porque han pasado quince años de vida destruyendo su virilidad con el trabajo sin reposo y con el estudio sin juego.

Por otra parte, ateniéndome estrictamente al sentido de la palabra, sólo el juego, tal como acabo de presentarlo, constituye la verdadera recreación, es decir la creación nueva de nuestras facultades, que centuplican sus fuerzas después de esta renovación, como se rejuvenece la tierra mediante un cambio de cultivo. Sólo el juego, comprendido de este modo, es capaz de dar verdadero reposo a nuestro espíritu; y cuando en seguida, volviendo de nuevo al estudio, obliguéis al espíritu rehecho, regenerado, rejuvenecido, a cargar de nuevo con el peso de los temas y de las lecciones, os sorprenderá la facilidad con que lo hace. Un viento fresco ha pasado por esa tierra abrasada; una lluvia suave la ha fecundado; y sentís que en vuestro interior despiertan mil gérmenes nuevos; no sois los mismos; os habéis recreado, tomada esta palabra en sentido lo más literal posible; habéis jugado.

¿No os he dicho que el juego que es la salud del

cuerpo y el recreo del espíritu, es, además, un bien para el alma? Ved en primer lugar cuánto gana con el juego el carácter. En esas horas de libertad se abre, se dilata, se ensancha a su placer, lo mismo que una planta al sol. En esas horas de expansión se muestra tal cual es, sin fingimiento, sin embarazo de ninguna especie; y exteriorizado todo cuanto oculta de bueno, proporciona a quien tiene derecho a ello, los medios para dirigirlo, dándole motivo para conocerlo. «Cuando quiero aprender a conocer bien a mis discípulos, me decía un excelente maestro, me hago compañero de sus juegos en el recreo.» Además en esa hora preciosa de la vida en común, el escolar se forma o se reforma, en contacto con sus condiscípulos, haciéndose verdaderamente hombre, viviendo entre hombres. Por eso está reconocido que para la formación y corrección del carácter, hace más el condiscípulo que el maestro, y es más eficaz el recreo que el estudio y que la clase misma. ¿No lo sabíais, hijos míos? Y ¡cuántas miserias es capaz de evitar el juego! ¿Qué haréis durante el recreo, si no jugáis? En esto no puede haber términos medios. Estáis allí para divertirlos, y el que no se divierte, se aburre. Y está probado que los que se aburren son siempre displicentes, fastidiosos; y aun hay motivo para temer que sean viles y miserables. En efecto ¿qué sucederá? Que, si no jugáis, chismearéis. ¿Y sobre qué asuntos versará esa conversación íntima en esas reuniones a las que no son admitidos más que los iniciados? No será seguramente sobre gramática, literatura o metafísica. No es el lugar del recreo sitio a propósito para hablar de estas cosas, y, por lo tanto, no os aconsejo que lo hagáis así. Hablaréis o de las interioridades de la casa, de vuestros condiscípulos, de vuestros maestros, del reglamento del colegio; esa puerta abierta para la denigración se llama

espíritu del mal; o de cosas de fuera, del mundo, de sus novedades, de sus fiestas, de sus escándalos, tal vez; y será otra puerta abierta para las conversaciones perniciosas, que bien pronto, si no se tiene cuidado, harán bajar los ojos a vuestros ángeles custodios.

Sabed que la experiencia dicta, y yo lo establezco como regla general, que, colegio en que no se juega, es colegio perdido. He visto colegios de estos; he presenciado sus horas de recreo, en que, a la vista de un celador, que nada vigilaba, grupos enteros de pobres jóvenes, no ciertamente de los mejores, se entregaban sin freno a la fantasía de sus cuentos, de sus recuerdos, de sus chistes! Y eran los mayores, los filósofos y los retóricos. Hermosa filosofía y hermosa retórica, en verdad, las que aparecían allí, a lo largo de las paredes por donde se deslizaban como reptiles, en los rincones donde se escondían como buhos, en las charlas a media voz, y en los paseos realizados lejos de toda vigilancia. He oído a hombres de la más grande autoridad, tales como inspectores generales de la universidad, que me decían a este propósito: «Tienen ustedes en sus colegios dos ventajas sobre nuestros liceos; y son, que confiesan a sus alumnos, y les hacen jugar.» Y al hablar así, concedían la misma importancia a esas dos potencias morales, siendo tan desemejantes.

Por mi parte, de buena gana dividiría los establecimientos escolares en dos categorías absolutamente separadas: Son buenos los colegios en que se juega, y malos aquellos en que no se juega. Pero nosotros queremos que nuestro colegio sea no sólo bueno, sino excelente. No queremos que en él haya pantanos de aguas estancadas, esto es, de aguas corrompidas; precisamente, para impedir vuestra corrupción, os exigimos que os mováis, que mováis con el juego vuestro cuerpo, con-

moviendo al mismo tiempo vuestro corazón. Y lo exigimos así a todos, oídlo bien, a todos, desde los más pequeños hasta los mayores; porque desde el punto de vista moral, como desde el punto de vista físico, entendemos que el juego es tan necesario a los mayores como a los pequeños, si no lo es más a los primeros. Los que no están al tanto de estas cosas no pueden comprenderlas. Todavía no he vuelto del asombro que me produjera la siguiente respuesta de un padre de familia a quien manifestaba la inquietud que me causaba su hijo, joven ya credido, casi hombre, y que no jugaba. «¡Ah, señor! me parece demasiado violento pretender que juegue un hombre de esta edad!» Al poco tiempo, aquel joven salió del colegio; y el que no jugaba aquí entre nosotros, jugó demasiado fuera de él, y ¡de qué manera, hijos míos!

Estoy tan convencido de que el juego es para vosotros la salud del alma y la salud del cuerpo, la salud universal, que he llegado a pensar seriamente en instituir recompensas, y en distribuir premios para las secciones donde mejor se juegue, y para los mejores jugadores de estas secciones. Y no es que sean necesarias las recompensas para estimular vuestro ardor; porque, gracias a Dios, hijos míos, jugáis muy bien, y por esto debo felicitar especialmente a los mayores que os dan ejemplo. Pero será grande la satisfacción que me proporcionaré y será también testimonio de la importancia que concedemos al ejercicio del juego, como a los demás ejercicios. No olvidaréis que el año último con ciertos concursos y con distribuciones de premios y de licencias, pusimos en práctica estas ideas a título de ensayo que estamos dispuestos a repetir, pues sus resultados han sido muy satisfactorios.



Algunas palabras todavía acerca de lo que deben ser los juegos para que sean agradables a Dios y provechosos para vosotros mismos.

II

No tengo necesidad de decir que deben ser continuados, y que no deben languidecer jamás en ninguna estación. Para esto no tenéis más que seguir el impulso de vuestros excelentes y celosos vigilantes generales que dedican verdaderamente su ingenio, el ingenio inspirado por el corazón, a variar durante todo el año vuestras diversiones. Los latinos daban el nombre de *Magistri ludorum* a los instructores de la juventud. Vuestros vigilantes merecen este nombre en todo el sentido de la palabra.

Vuestros juegos deben ser ante todo decentes. No queremos nada que sepa a grosería, a inconveniencia, a baja familiaridad, ni en la manera de ser, ni en la manera de decir. En esto como en todo, debéis portaros como cristianos bien educados y cultos. Evitad, pues, los juegos de manos, los atropellos y las maneras demasiado libres y vulgares. Y no quiero ni aun hablar de las pependencias, de las querellas, ni de nada que signifique violencia. Los hombres no se divierten de tal manera: *Circumdederunt me quasi canes multi*, dice la Sagrada Escritura al hablar de esas gentes, digo mal, de esas cuadrillas de gritadores ariscos que se destrozan entre sí.

Vuestros juegos deben ser también alegres. Dice san Felipe de Neri que Dios ama a las almas alegres; y se muestra todavía en Roma, desde la terraza de la iglesia de san Onofre, el lugar donde a la sombra de los árboles, se mezclaba el santo fundador del oratorio en los juegos de sus discípulos queridos. Un autor

ascético de nuestros días, el P. Faber, ha dicho que la alegría del hombre es lo que más honra a nuestro Creador, porque le testimonia que estamos contentos de El. Alguien, que no es un santo, ha dicho que «las risas de los niños son la música del Dios de bondad.» Ofreced, hijos míos, ese concierto a Dios durante vuestros recreos; ¿podéis proporcionarle ese placer a tan poca costa! Esto es lo que me recomendaba, cuando yo era niño, un anciano sacerdote octogenario, el cual no cesaba de decirme que: «para reír bien, es necesario reír de cualquier cosa.» De este modo nuestra educación, que ante todo quiere ser educación con amor, será por lo mismo educación con felicidad. Y más tarde, cuando en el ocaño de la vida despierte en vosotros el recuerdo de los años pasados en el colegio, habrá algo de que os acordaréis con mayor gusto que de las alegrías del estudio; y ese algo serán las alegrías fraternales del recreo, los partidos de pelota, de barra o de bolos, hallándoos al terminar derrengados, pero contentos; con el cuerpo cubierto de polvo, pero con el alma radiante de alegría; y volveréis a hablar entre vosotros de estas cosas, como después de muchos años volvían a hablar los antiguos atletas de Grecia de sus combates olímpicos.

Finalmente, vuestros juegos deben ser cristianos; Dios está allí como en todas partes, y por lo tanto debéis jugar, lo mismo que debéis trabajar, en la presencia de Dios. ¿No estáis allí, hijos míos, a la sombra de la capilla y como bajo la mirada de Nuestro Señor en el Tabernáculo? Además, debéis jugar para Dios, pues, por muy agradable que sea el acto del juego, ofrecido a Dios, gana y atesora méritos para la eternidad. Veinte veces habréis oído contar, seguramente, la respuesta que dio san Luis Gonzaga a los que, durante el recreo, le preguntaron en una ocasión, qué haría si supiera que

la muerte iba a sorprenderle al instante: «Continuaría jugando, respondió el novicio, pues siempre nos hallamos donde la voluntad de Dios quiere que nos hallemos.»

Una cosa falta, hijos míos, en nuestros juegos; querría ver en ellos, grande y hermosa, apoyándose en la muralla que circunda el patio, una estatua de la Madre de Dios, de la que la Iglesia llama Causa de nuestra alegría. Cuando así sea, cuando cada división tenga su imagen de la Virgen, estaré, hijos míos, más seguro todavía de lo que estoy, de que serán bendecidos vuestros recreos, pues tendrán lugar ante las miradas de una madre.

III

Permitidme que añada un *post-scriptum* a mi plática de hoy. Es un testimonio muy convincente otorgado a las casas donde se juega, a la juventud que juega y a los maestros que la hacen jugar, y es de un contemporáneo, y está tomado de una compilación tal, que ni el uno ni la otra pueden ser tildados de indulgencia en nuestro favor. La página que os voy a leer es de M. Alberto Duruy, hijo del que fue ministro de Instrucción pública, y apareció en 1.º de enero de 1880 en la *Revista de Ambos Mundos*. Escuchad la lectura, hijos míos, y decidme si no os reconocéis y no reconocéis a vuestros maestros en este retrato: «He tenido recientemente, escribe, ocasión de visitar uno de esos establecimientos religiosos; y tenía curiosidad de conocer la obra de éstos, examinándola atentamente, puesto que M. Ferry la llama una juventud corrompida y unos maestros corruptores. Era la hora del recreo; en él había unos ciento cincuenta jóvenes alegres y vigorosos, que jugaban en un vasto patio, los unos a la barra, los otros a la pelota, otros a los bolos y algunos al croquet. No

había entre todos uno sólo que dejase de tomar parte en uno cualquiera de los juegos. Y en medio de todos, estimulándolos con su ejemplo, rivalizando en agilidad y destreza con los más fuertes, se hallaba el vigilante general, bañado el rostro en sudor, y recogida la sotana. Representéme entonces la época en que en nuestros conciliábulos de retóricos precoces y estragados, pasábamos el tiempo de nuestras cortas recreaciones en el fondo de un patio estrecho y sombrío, hablando de cosas que no hubiéramos debido conocer, o pensando en reformar la sociedad; y me preguntaba, si era justa la severidad del ministro de instrucción pública.»

El narrador añade: «En nuestros colegios no se juega, o se juega sólo en las clases inferiores. En estos, al contrario, los juegos son obligatorios, con prohibición absoluta de sentarse o de pasear mientras duran. Quiérase o no, es preciso correr y moverse. El celador da ejemplo, constituyéndose, cuando hace falta, en camarada de sus discípulos. Nunca se tiene a menos de hacerlo. Y de este modo, no es un funcionario como en nuestros colegios, sino un amigo de más edad a quien se quiere y a quien se respeta. Este maestro es frecuentemente de buena familia, y, si hubiera permanecido en el mundo, hubiera alcanzado, tal vez, un puesto brillante; pero ha preferido consagrarse a la educación. No considera su tarea como la más servil y pesada de todas, sino que piensa que el papel que se le destina en el colegio es más grande, más importante, más elevado, si se quiere, que el del mismo profesor. En efecto: “La enseñanza no es más que un medio, está escrito en el *Ratio studiorum*, un medio para llevar al niño al conocimiento y al amor de su Creador y de su Redentor.”»

Y en otra parte se dice: «Los ejercicios de los jóvenes deben servir ante todo para enseñar las buenas

34
37

costumbres»; la instrucción viene después. De este modo el vigilante general en nada es inferior a los profesores. No es, como en nuestros colegios, un estudiante de medicina o de derecho, o bien un aspirante a profesor, que no ha hecho todavía su reválida, sino que es, por el contrario, una persona elegida, a quien el superior distingue entre sus hermanos, y que ha sido colocada en el puesto que exige más abnegación y más grandes cualidades morales. ¡Se necesita, en efecto, tanto celo, aplicación y tacto! Hacer respetar la autoridad, la disciplina y el reglamento; mejor que esto, hacer que sean amados; desarrollar en el alma de los jóvenes la afición a la exactitud y al deber conduciéndoles a éste, cuando de él se separan, y poniendo en todo dulzura, firmeza, paciencia, igualdad de humor y de carácter, ¡qué tarea tan ardua y tan penosa, y qué variedad de aptitudes supone en el que la desempeña. . . .»

Pero no debo hablaros de esto, es un retrato que conocéis muy bien, y cuyo original tenéis siempre delante.

La conclusión es que, cuando menos, no se nos puede privar de la libertad común, ya que hacemos de ella uso tan apreciable.

«Pero no, vuelve a exclamar el autor; en lugar de estudiar las reformas que para sí mismo reclama el cuerpo universitario—era en la época de los debates acerca del artículo VII,—hacemos política de violencia y de opresión. ¡No ensayamos la lucha contra la incompetencia, y encontramos más sencillo suprimirla! ¡No enmendamos, proscribimos! ¡Es ministro de instrucción pública, y quiere extinguir de un solo golpe ciento cincuenta o doscientos focos de enseñanza!» Mas no es tan fácil extinguir de este modo los focos donde resplandece el amor de Dios. Gracias al cielo, hijos míos, hasta la fecha hemos salido bien en nuestra empresa. La perse-

cución es como el viento: extingue la llama pequeña, pero aviva la grande.

MONSEÑOR BAUNARD

PAGINAS OLVIDADAS

Con motivo del reciente fallecimiento de nuestro compatriota don José Triana, me dice usted, mi buena amiga, que desea saber algo sobre eso que se ha llamado la *Flora de Bogotá*, que tanto ruido hizo en otro tiempo. Entiendo que le es a usted muy simpático este nombre, por la analogía que tiene con las flores, que tanto le gustan a usted. ¡Muy bien! Y ésta sea la ocasión de que usted y yo hagamos un sentido recuerdo del sabio botánico a quien mucho conocí y estimé, como a toda su familia. Siempre será para mí grata y venerada la memoria del benemérito don José María Triana, padre de José, y fundador de las escuelas lancasterianas entre nosotros, pues a él debo una parte de lo poco que aprendí en mis mocedades en el famoso colegio que abrió en esta ciudad.

Pero nada más que un recuerdo, pues lo que son necrologías y biografías ya está adelantado de sobra ese trabajo, y todavía lo estará más.

Quédense allá las flores de la poesía, de la retórica y de la música para los poetas, los grandes artistas y los grandes aficionados. Dejemos nosotros también, mi señora y amiga, esas flores del cielo por las flores de la tierra, en cada una de las cuales, sin embargo, se refleja un rayo de la felicidad de otras regiones desconocidas para el hombre, y un destello del amor de Dios para con sus criaturas.